

De escritores despreciables a escritores eximios: el poder de la escritura en Bogotá 1850-1886

From Writers Contemptible to Eminent Writers

Fecha de recepción: junio del 2012 · Fecha de aprobación: julio del 2012

Fabián Andrés Llano*

RESUMEN

El presente artículo interroga la relevancia que tuvo el cultivo de la lengua española en el país, en especial en la segunda mitad del siglo XIX. Insiste en el papel de esta práctica en la afirmación de unos arbitrarios culturales de la elite en torno a los cuales tramitaron sus convicciones sobre la civilización.

Palabras clave: arbitrario cultural, campo cultural, civilización.

ABSTRACT

This article questions the relevance of Spanish language in the country, especially in the second half of the nineteenth century. Emphasizes the role of this practice in the assertion of the elite's cultural arbitrary on which processed their convictions on civilization.

Key words: cultural arbitrary, cultural field, civilization.

* Licenciado en ciencias sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas (2005). Magíster en investigación social interdisciplinaria de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas (2007). Docente de la Universidad La Gran Colombia. Publicaciones recientes: *El héroe, el lujo y la precariedad: patrimonio histórico en Bogotá, 1880-1950* (Ediciones Grancolombianas, 2010). Correo electrónico: llanofabian@hotmail.com

La eficacia simbólica de las palabras solo se ejerce en la medida en que quienes la experimentan reconocen que quien la ejerce está autorizado para ejercerla.

O, lo que viene a ser lo mismo, olvidándola e ignorándola: simplemente sometiénose a ella, como si, por el reconocimiento tácito que se le concede, se hubiera contribuido a fundarla.

Pierre Bourdieu

El siguiente artículo hace parte de un capítulo del proyecto de investigación *Del hablar y del obedecer. Construcción de la identidad ciudadana desde el uso de la lengua [Bogotá 1850-1886]*, presentado para optar al título de magíster en Investigación Social Interdisciplinaria de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Es necesario advertir que este trabajo acoge los planteamientos teóricos y metodológicos de Pierre Bourdieu quien sostiene que las relaciones que se establecen con el lenguaje obedecen a unos intercambios lingüísticos en los que se pone en juego o donde concurren, por un lado, el sentido práctico con su fuerza estructurante y, por otro, las estructuras sociales como marco generativo y generado por habitus.

En el caso bogotano, el uso del más selecto castellano de los ciudadanos se ha relacionado en varias oportunidades con la presencia de una tradición de eruditos que desde el siglo XIX se preocupó por el cultivo de la lengua. No obstante, este calificativo en apariencia sin ninguna sospecha muestra en la vida cotidiana el efecto estructurador de unas posiciones legitimadas para hablar bien y otras que son excluidas por no hacerlo.¹

1 Más allá de ser entendido como una difusión de códigos que establecen unas leyes lingüísticas, al margen de quienes son sus productores y utilizadores, el empleo correcto de la lengua puede llegar a operar como una estrategia cultural promovida por quienes producen y reproducen los usos cultos de la lengua legítima. En realidad, estos productores buscan la permanencia de su creación en el espacio social, con el fin de distanciarse de la lengua popular, acudiendo a discursos escritos dignos de ser publicados u oficializados y entrar en constante lucha por imponer el monopolio de

Ahora bien, estos agentes autorizados para hablar en público logran imponer por medio de la oficialización de su discurso, el correcto uso de la lengua. Más allá, esto permite la imposición de un orden social armónico mediante la emisión de gramáticas, urbanidades y demás libros, que encierran en su conjunto la idea de reorganizar las formas de existencia en la ciudad.²

Por lo tanto, esta lucha por la imposición de un principio de visión y de división del mundo en un espacio social como el bogotano, se evidenció desde la segunda mitad del siglo XIX, cuando las reformas liberales entraron con fuerza a Colombia e influyeron en un posible posicionamiento de las profesiones liberales por medio de la imposición del capital económico como creencia articuladora de la existencia ciudadana. Estas promesas traerían los beneficios de la civilización y el progreso, pero para hacer esta tarea era necesario desplazar los estilos de vida de la sociedad aristocrática santafereña, afincados básicamente en un capital cultural, referenciado en la acumulación de educación y en el origen social, que para este tiempo, encarnaban las ocupaciones de religiosos, funcionarios y escritores, como las más deseables.

expresión reconocido y, de este modo, lograr la homogenización y normalización de unas formas genuinas del habla que constituyen la lengua oficial. “La lengua es producida por autores que tienen autoridad para describir, fijada y codificada por los gramáticos y profesores, encargados también de inculcar su dominio. La lengua es un código entendido no solo como cifra que permite establecer equivalencias entre sonidos y sentidos, sino como sistema de normas que regulan las prácticas lingüísticas. Pierre Bourdieu, *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos* (Madrid: Ediciones Akal, 2001), pp. 19, 32.

2 Es necesario mencionar que en este trabajo no se encontrará una cronología exacta de lo sucedido en el siglo XIX en Bogotá, con respecto a los usos del lenguaje y su papel en la construcción de ciudadanía. Una ampliación del desarrollo del espacio social en Bogotá puede encontrarse en César Chavarro y Fabián Llano. “El espacio social en Bogotá [1880-1950]” en *Memorias prácticas e imposiciones culturales: patrimonio histórico en Bogotá 1880-1950*. Tesis de pregrado. Licenciatura en educación básica con énfasis en ciencias sociales (Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2005).

En este panorama el presente trabajo refiere la resistencia de estas posiciones, que reclamaban no solo la vinculación con España, sino también las distinciones del lenguaje que los distanciaba de una creencia económica basada en atributos prácticos y poco estéticos. Producto de esta confrontación se presentó la configuración paulatina de un mercado lingüístico que tomó forma institucional, con la oficialización de la Academia Colombiana de la Lengua en 1871.

Finalmente, ante estas resistencias soportadas en el poder simbólico que acumulaban los letrados se empezó a configurar un mercado lingüístico, que perseguía la generalización del uso de la lengua dominante como un dato natural, mediante la imposición de sanciones y censuras que buscarían, al mismo tiempo, la dominación simbólica por medio de la lengua como atributo distintivo, como *habitus lingüísticos*.³

1. Un antecedente: la práctica lingüística y el amor por las letras españolas

Después de 1850 era evidente el llamado urgente a la adopción del paradigma del buen vivir europeo. Como consecuencia de la obtención de las utilidades económicas, se proyectaron contundentes cambios en la vida cotidiana de los estratos altos de Bogotá, muy pronto se observaron formas de diferenciación basadas en la capacidad de lujo y ostentación, que rom-

pían con el modelo de austeridad propio de las estructuras coloniales y posicionaban un nuevo agente social: el burgués.

Sin embargo, esta clase no era del todo homogénea puesto que si bien en la ciudad se estaban constituyendo determinadas prácticas cotidianas, como formas legítimas en un proceso de imposición de la cultura moderna, se evidenciaban, al mismo tiempo, luchas sociales por la imposición de la arbitrariedad cultural, entre diversos agentes de la vida urbana. De acuerdo con lo anterior, los agentes pertenecientes a la elite aristocrática que habían acumulado un capital cultural, se inclinaban por estar vinculados de alguna manera a la tradición española.⁴

La mezcla de tradición española, de las modas francesa y británica, acompañadas de la idea de civilización y progreso formaban la identidad del español americano, como generalmente lo denominaba Miguel Antonio Caro. Sin embargo, el mayor valor de estos agentes, que involucaban el alma hispana, era, sin duda, el honor.

Estas manifestaciones de dignidad, también se evidenciaban en el país, generalmente en las clases altas, tal como lo narra Miguel Cané:

En Colombia el duelo, aunque más frecuente que en Chile y el Perú, no es común. En cambio reina desgraciadamente una costumbre que los mismos colombianos califican de salvaje. A pesar de toda mi simpatía y cariño por ellos, no puedo desmentirlos [...] Un hombre insultado en su honor ó en su reputación, hace lealmente decir á su enemigo que se arme, porque lo atacará donde lo encuentre.

3 Estos *habitus* existen en forma práctica en los estilos de vida, en virtud de que allí se pueden observar las condiciones sociales de producción de un discurso. Ahora bien, estos estilos de vida entraron a conformar el caldo de cultivo propicio para la unificación de un mercado lingüístico. En esta dirección se consolidaron diversas posiciones, gracias a sus competencias lingüísticas y formas de vida caracterizadas, que buscaban imponer el reconocimiento de la lengua oficial, como lengua dominante, por medio de relaciones de poder lingüísticas, que junto con el posicionamiento de sus modos de vida legítimos, adquiridos según sus capitales y origen social, buscaban resistir paradójicamente, parte del influjo europeo.

4 Vale la pena anotar que este capital cultural procedente de la tradición española lograba proyectar cierto reconocimiento social, que se traducía en un capital simbólico que otorgaba una especie de identificación cultural total a la "gente decente de Bogotá", mediante el prestigio expresado en la procedencia, la política, la ostentación y el lujo. Todo esto los predisponía un tanto a la vida artística, dadas las condiciones de existencia de estos mismos agentes.

Ahora bien, en Bogotá, la gente de cierta clase social (porque es desgraciadamente entre lo alto del mundo que tienen lugar esas escenas deplorables) solo se encuentra durante el día en las calles de Florián ó Real y por la mañana y en la tarde en el altozano.⁵

El último lugar mencionado constituía el espacio por excelencia de la práctica lingüística, que empezaba a salir de las tiendas de la calle real, hacia lugares más públicos, para consagrarse como el espacio de la gente distinguida y culta de la ciudad.

Pero, me diréis, ¿los bogotanos no pasean, no tienen un punto de reunión, un club, una calle predilecta, algo como los bulevares nuestra calle Florida, el Ring de Viena, el Unter den Linden de Berlín, el Corso de Roma, el Broadway de Nueva York ó el Park-Corner de Londres? Sí, pero todo en uno: tienen el altozano. Altozano es una palabra bogotana para designar simplemente el atrio de La Catedral, que ocupa todo un lado de la Plaza de Bolívar, colocado sobre cinco ó seis gradas y de un ancho de diez á quince metros. Allí, por la mañana, tomando el sol, cuyo ardor mitiga la fresca atmósfera de la altura, por la tarde, de las cinco á las siete, después de comer (el bogotano come á las cuatro), todo cuanto la ciudad tiene de notable, en política, en letras ó en posición, se reúne diariamente.⁶

En este escenario tomaban nuevamente fuerza las prácticas heredadas de la península ibérica, como la concepción hispánica del trabajo y el culto a las letras, con la lengua española como principal vehículo de expresión que se distanciaba de las lenguas que no eran romances. Ahora bien, aunque se presentara una influencia europea en la práctica lingüística es nece-

sario considerar la figura de Miguel Antonio Caro, como opositor declarado a un posible cambio del *ethos* español a cualquier otra forma de estilo de vida del español americano. Al respecto, escribió una variedad de artículos que defendían la herencia española y la continuidad cultural, pero en uno de estos fue más tajante:

[...] el año de 1810 no establece una línea divisoria entre nuestros abuelos y nosotros; porque la emancipación política no supone que se improvisase una nueva civilización; las civilizaciones no se improvisan. Religión, lengua, costumbres y tradiciones: nada de esto lo hemos creado; todo lo hemos recibido habiéndonos venido de generación en generación, y de mano en mano, por decirlo así, desde la época de la Conquista y del propio modo pasará a nuestros hijos y nietos como precioso depósito y rico patrimonio de razas civilizadas.⁷

A pesar de esta defensa acérrima de la civilización, entendida como una continuidad en el tiempo de la religión, la lengua y las costumbres, en el espacio social bogotano era innegable una fuerte confrontación entre la elite bogotana que intentaba imponer el *ethos* burgués y la aristocrática que defendía la herencia española. Esta lucha se presentó en relación con la devaluación de títulos académicos y con la consolidación de colegios públicos, donde tenían total relación los campos jurídico y educativo.

2. La devaluación de los títulos académicos: tras la erradicación de la enseñanza inútil

Dentro del ambiente de libertad que promovían las revoluciones liberales de medio siglo

5 Miguel Cané, *Notas de viaje sobre Venezuela y Colombia* (Bogotá: Presidencia de la República, Biblioteca de viajeros por Colombia, 1907/1992).

6 Miguel Cané, *Notas de viaje*.

7 Jaime Jaramillo Uribe, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* (Bogotá: Editorial Planeta, 1996), p. 113.

en todos los campos, entró también a ser cuestionado y posteriormente modificado el sistema educativo que monopolizaba el clero y en el que los jesuitas impartían la moral cristiana. Como era de esperarse, estos fueron expulsados del país en 1850, como estrategia política que intentaba desmembrar y deslegitimar este monopolio. En efecto, la lógica de la utilidad, con respecto a la formación metafísica y escolástica, se venía imponiendo poco a poco para cambiar las prácticas culturales con el desplazamiento del monopolio del saber que entronizaba la titulación.

Desde 1847 se observaba en el campo académico una disminución de las competencias ejercidas por los agentes con titulaciones específicas; en 1848 se proclamó la libertad de enseñanza en todas sus ramas y se confirmó provisionalmente el plan del año anterior.

En 1849 se dio autorización a todos los colegios, sujetos o no al régimen universitario, para conferir grados académicos, lo mismo que en las universidades, y fue eliminado el título de bachiller en la facultad de literatura y filosofía.⁸

Ya para 1850, este proceso llegaría a uno de sus puntos más altos, al suprimir las titulaciones y reemplazar las universidades por colegios nacionales. La exigencia de un título académico para ejercer como abogado, médico, ingeniero o sacerdote fue considerada como una forma de monopolio y una limitación a la libertad de trabajo. En consecuencia, la Ley de 15 de mayo de 1850 eliminó el requisito de título profesional para el ejercicio de todas las profesiones liberales, con la curiosa excepción de farmacia.

Por la misma ley fueron eliminadas las universidades y convertidas en colegios nacionales.⁹

No obstante, para los agentes partidarios de mantener el statu quo de la sociedad, estas medidas no resultaban suficientes para terminar de sucumbir ante tales ofensivas. Si bien es cierto que la devaluación de los títulos golpeaba fuertemente a este sector consagrado al cultivo de las letras y las humanidades, no era realmente un obstáculo que no pudiera superarse. Desde el mismo momento en el que se promulgó la Ley del 15 de mayo de 1850, estos agentes desplazaron el interés de su enseñanza de humanidades y buen manejo del idioma a colegios privados y a seminarios. No obstante, otra parte de la resistencia en contra de estas reformas del Estado para monopolizar el aparato escolar, se vería claramente con la posición de la Iglesia, luego del Decreto orgánico de 1870, en el que por primera vez se implantaría la escuela primaria gratuita, obligatoria y religiosamente neutral.

Esta resistencia en contra del decreto la constituyeron los laicos que se organizaron en sociedades católicas para la construcción de escuelas en las cuales los maestros fueran católicos para enseñar los dogmas cristianos. En el periódico *La caridad* era frecuente encontrar para el primer semestre de 1876 el siguiente anuncio: “Escuela primaria gratuita, la Sociedad de San

⁸ José Manuel Rivas Sacconi, *El latín en Colombia: bosquejo histórico del humanismo colombiano* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1993), p. 312.

⁹ Jaime Jaramillo Uribe, “El proceso de la educación en el virreinato”, en *Nueva Historia de Colombia*, p. 239.

Vicente de Paúl¹⁰ abre para niños de 7 a 12 años en el edificio de las Aguas el 1 de marzo¹¹.

En realidad lo que estaba en juego para varios agentes en el espacio social era la forma de educar a la población, que traía tras de sí la formación moral, ya sea religiosa o civil. Así pues, el decreto orgánico de instrucción pública de 1870 generó diversas discusiones en torno al papel de la Iglesia, que estaba en contra de la generación de valores individualistas en la educación, por encontrar su razón de ser en lo corporativo. Por lo anterior, lo que hacía la Iglesia era tipificar a los radicales, poniéndoles un rótulo de malvados y ateos (sin moral) para que la población, en especial los padres de familia, estuvieran alertas en relación con la escogencia de la escuela donde sus hijos se irían a formar.¹²

En definitiva, era claro que en el espacio social bogotano se estaban presentando luchas por la imposición de sentidos legítimos de la existencia que pretendían, con la puesta en juego de varios capitales, imponer políticamente la unificación de las prácticas cotidianas. Ahora bien, esta contraofensiva por medio de la cultura que inició la elite aristocrática fue reforzada con la apertura de colegios privados y publicaciones en el ámbito de las letras para lograr un mejor posicionamiento cultural y contrarrestar ese posible desclasamiento, con intercambios lingüísticos.

10 Miguel Samper describía de esta forma la sociedad de San Vicente de Paúl: "En Bogotá práctica, la sociedad, en todas sus formas, la excelsa virtud a que debe su existencia. La limosna se distribuye en todas sus formas: auxilios pecuniarios al menesteroso, cuidados y medicinas al enfermo, instrucción sana al ignorante, amparo al huérfano, trabajo al que carecía de ocupación, y los consuelos de la religión a todos aquellos a quienes la sociedad protege". [Samper. 88]

11 Periódico *La caridad* (Bogotá, 2 de marzo de 1876).

12 Desde cuando el Estado entró a librar una lucha contra la Iglesia por el monopolio de la educación, esta última utilizó como estrategia de exclusión, la excomunión y expuso a los hombres de Estado contra el pueblo, con la constante persuasión desde el púlpito.

3. La Universidad Nacional como institución legitimadora de la cultura

Ante la ausencia de instancias legitimadoras de la cultura que no habían tenido éxito ni mayor continuidad a lo largo del siglo y sumado a ello la pérdida de la tradición de hacer estudios profesionales en el país, gracias a la libertad de enseñanza, se creó la Universidad Nacional, bajo la administración del general Santos Acosta con la Ley 66 del 16 de septiembre de 1867.

La universidad inició tareas en febrero de 1868, bajo la rectoría de Manuel Ancizar, con 335 alumnos provenientes de todos los confines de Colombia y con una destacada nómina de catedráticos, entre los cuales descuellan Miguel Antonio Caro, Santiago Pérez y Francisco Javier Zaldúa, reconocidos por su virtud y letras y luego exaltados por sus conciudadanos a la presidencia.¹³

Por otra parte, para la enseñanza de las humanidades se publicaron varios textos con la orientación del Estado, retomando algunos de 1826, debido en gran medida a la ausencia de producción académica que dejó la inactividad de instituciones culturales. En este sentido, para la enseñanza de las humanidades se publicaron en ese tiempo numerosos textos, una edición de *Fedro*, una de Lhomond, al cuidado de Juan Antonio Salazar y Morales, y no pocas gramáticas. Manuel de Pombo (1769-1829) escribió una gramática latina facilitada para uso de principiantes, texto recomendado por el plan de estudios de 1826. No obstante, Caro, que ocuparía la cátedra en latín, no seguiría ninguna recomendación de textos orientados

13 Antonio José Rivadeneira, *El poder del saber y los arquetipos de la universidad colombiana* (Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2002), p. 157.

por el Estado, aunque no pudo publicar el texto de *Virgilio* con su respectiva crítica,¹⁴ en razón a que en su lugar se publicó el *Fedro*. Sin embargo, introdujo su propio texto y elaboró el programa de su clase.¹⁵

Hasta aquí, las labores de los productores culturales aparecen desprovistas de un sentido colectivo que oriente la consecución de la arbitrariedad cultural,¹⁶ con la imposición de una lengua distinta y distintiva. Hemos visto cómo los productores ejercen aparentemente el poder simbólico a título personal y logran a veces imponer un sentido legítimo de la literatura en la cultura. Sin embargo, estos esfuerzos aislados, no suman fuerzas necesarias para la imposición de sentidos auténticos permanentes. Por esta razón, los espacios de intercambio lingüístico, como la universidad, el altozano, las tertulias y las librerías adquieren un papel importante, no solo porque potencializan las prácticas lingüísticas y con ello los estilos de vida, sino porque permiten la objetivación de agentes investidos con el monopolio del uso ortodoxo de la lengua. Cabe anotar que lo anteriormente dicho no puede adquirirse sin la producción cultural hecha realidad, es decir, sin las publicaciones que generan de continuo los intercambios lingüísticos en el espacio social. Por ello es necesario observar la producción cultural un poco más de cerca.

14 Desde 1873 Miguel Antonio Caro sostiene conversaciones con Rufino J. Cuervo, en donde se presentan infinidad de intercambios lingüísticos. “Mi querido Rufino. Le mando un pliego de introducción para que me lo revise escrupulosamente (se trata de la introducción a las obras de Virgilio traducidas en versos castellanos por el señor Caro”. Mario Germán Romero, *Epistolario de Rufino José Cuervo con Miguel Antonio Caro* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo. Archivo epistolar colombiano XIII, 1978), p. 3.

15 José Manuel Rivas Sacconi, *El latín en Colombia: bosquejo histórico del humanismo colombiano* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1993), pp. 319-320.

16 La arbitrariedad cultural es un concepto que utiliza Bourdieu para indicar la imposición de los sentidos culturales.

4. Producción cultural de elite para elite

Desde la segunda mitad del siglo XIX, los liberales ganaron terreno en los ámbitos económico y político y lograron instaurar algunos vínculos importantes, que beneficiarían al hombre de negocios. Pero, este beneficio no hubiera sido completo sin la ayuda de la prensa que para este tiempo se consolidó como vehículo de expresión política, publicitaria y literaria.¹⁷

Así bien, estos escenarios para publicitar mercancías, también fueron utilizados como espacios de literatura. Con esto se buscaba difundir, de alguna manera, una cultura literaria en el país por medio del folletón, es decir, una sección destinada a reproducir artículos literarios extranjeros, preferiblemente de autores franceses consagrados.¹⁸

La razón para popularizar a estos autores, además de las modas literarias, radicaba en el res-

17 Antes de esta época, la industria literaria y los medios de comunicación no estaban dispuestos a crear ofertas y demandas de productos culturales. “Desde 1810 hasta 1830 la prensa fue despertándose como de un perezoso letargo [...] Pero particularmente en un periodo de diez años, de 1845 a 1855, se extendió más, influyó, porque ya para entonces las producciones venezolanas, originales o traducidas, habían alcanzado mayor grado de perfección y buen gusto literario, que las hacía muy recomendables”. Isidoro Laverde Amaya, *Ojeada histórico-crítica sobre los orígenes de la literatura colombiana* (Bogotá: Talleres Gráficos del Banco de la República, 1963).

18 Varias muestras interesantes vieron la luz en la imprenta de Manuel Ancizar, en donde se editaba el periódico *El Neo-Granadino*, uno de los más notables e influyentes de la época. *Matilde o Memorias de una joven*, novela en dos tomos escrita por Eugenio Sue, el controvertido autor de *El judío errante*, inició la serie por el sistema de entregas periódicas o Semana Literaria de *El Neo-Granadino*, como calificaron los empresarios ese original método publicitario. Sobre incidencias de la publicación vale la pena leer varios anuncios aparecidos entre febrero y junio de 1849 en el mencionado periódico. [...] A esto debe agregarse que existieron otras modalidades en las que el contenido se publicaba independientemente del periódico, ya en forma de fascículos sucesivos dispuestos para integrar uno o varios tomos, o de una vez en un volumen completo, previamente anunciado. Todo ello, obviamente, con los debidos descuentos y estímulos para los suscriptores, que de esa manera aseguraban su derecho a la primacía en la lectura y contribuían,

tringido acceso de sus obras a la gran mayoría de la población bogotana, puesto que solo se podían adquirir si se importaban directamente de Europa. Así mismo en este contexto, se hacía necesaria la vinculación del productor, que había sido desconocido por mucho tiempo, a un campo de la producción cultural que orientara los intereses culturales de la nación.

El objetivo de la elite intelectual preocupada por la literatura y la cultura era por supuesto demostrar que ella siempre había estado allí para cumplir con el objetivo de orientar culturalmente a la nación. No obstante, para el efecto, se hacía indispensable difundir de manera sistemática obras de escritores colombianos contemporáneos con lo que ciertamente se creaba una bibliografía nacional; pero también era necesario identificar, publicitar y publicar las obras de colombianos o *criollos* escritas durante la Colonia o durante los primeros años de la República.

Para este propósito se empieza a consolidar en Bogotá, luego de la caída del gobierno del presidente Melo, el liceo granadino que posteriormente se consagró como *El Mosaico*.¹⁹ Por esta razón, la publicación fue determinante para unificar un colectivo preocupado por la

cultura. Además, estaba destinada a una minoría selecta.

Respecto al público, para 1860, los redactores mantenían correspondencia con un poco más de 50 agentes repartidos en diferentes municipios y localidades del país. Ellos estaban encargados de conseguir los suscriptores y eran los intermediarios para los encargos de libros que se encontraban a la venta en *El mosaico*. En el mismo año, de acuerdo con una lista publicada en la revista, había cerca de 400 suscriptores en el país, de los cuales el 30 % correspondía a Bogotá (cerca de 120 suscriptores). Si se toma como criterio el número de abonados, no resulta nada comprometedor afirmar que la publicación se dirigía a una minoría culta, aunque siempre es difícil estimar el alcance real de la publicación.²⁰

En este sentido y para corroborar lo anterior aparece el viajero E. Rothlisberger quien percibió las dinámicas de las librerías como lugares selectos.

Los bogotanos tienen el buen auxilio de excelentes librerías, como la Librería Colombiana, que tiene existencias, con gran cantidad de títulos, de las principales obras del mundo, y cuenta, sin duda, con todas las novedades bibliográficas. Las librerías constituyen el punto de cita de la gente culta; por vanidad o por afición, se compran muchos libros, y la mayoría de ellos, a no dudarlo, se leen. Por mucha superficialidad que aún exista, por mucho que se dé la formación a medias, aunque solo unos pocos hombres selectos posean un riguroso sentido científico, y aunque no se halle todavía introducida la llamada “exactitud germánica” es, sin embargo, muy cierto que entre una minoría, relativamente pequeña pero muy inquieta y vivaz, se advierte la ca-

de paso, al sostenimiento de la empresa periodística, por lo menos durante el tiempo que duraba la emisión de entregas o cuadernos. Una auténtica forma de crear demanda. David Jiménez, *Historia de la crítica literaria en Colombia* (Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia, 1992).

19 La revista buscaba convertirse en una *biblioteca nacional*, en la que se recogerían de preferencia las obras escritas en castellano por escritores nacionales o hispanoamericanos en diferentes épocas y donde se centralizarían los esfuerzos dispersos de una elite intelectualmente inquieta. Pero más allá de la misma revista, sus editores buscaron por otros medios estimular la deficiente producción de impresos nacionales. Andrés Gordillo Restrepo, “*El mosaico* (1858-1872): nacionalismo, elites y cultura en la segunda mitad del siglo XIX”, *Revista de Historia Colonial Latinoamericana: Fronteras de la Historia*, Vol. 8 (2003).

20 Andrés Gordillo Restrepo, “*El mosaico...*”.

pacidad de conocimiento y el interés por todas las novedades y creaciones del espíritu.²¹

Si tenemos en cuenta que la práctica literaria en las librerías tertulias y en el altozano adquiría un carácter distintivo, no menos cierto es que, aunque algunos agentes del espacio social pertenecientes a las clases bajas de la ciudad tuvieran alguna disposición al manejo del lenguaje, no era habitual en ellos encontrar prácticas que valoraran los productos culturales. En la revista *El Mosaico*, No. 20 de 1865 encontramos a propósito de la suscripción el artículo “La gorra en el periodismo”, en el que se lee lo siguiente:

[...] nadie quiere suscribirse. Los lectores saben arreglarse de tal modo que la lectura les salga gratis, y poco les importa que el empresario tenga invertido un capital improductivo [...] si hay en la población unos cuantos suscriptores, sus periódicos van rodando de mano en mano, mientras que los otros quedan bajo el mostrador del agente.²²

A pesar de las pocas suscripciones, la revista fue tomando la forma de tertulia, y se fue consolidando como un frente cultural que intentaba desligarse de la política.

Algunos han creído encontrar *El mosaico* muy gólgota y otros muy conservador. Declaramos que *El mosaico* no toca nada con la política, y que inserta todo lo que esté bien escrito, sin más excepción que las de aquellos escritos que hieran las opiniones religiosas o la moral, dos santuarios que no profanamos. Por el contrario nos complacemos y nos encaprichamos

en reunir los mismos nombres que la política separa y hace enemigos.²³

Vale la pena anotar que este afán por separar la vida intelectual de la política resultó infructuoso, debido en gran medida a los intensos debates que se suscitaron en *El mosaico* sobre la postura de este colectivo en torno a la educación y la toma de posición acerca de la identidad cultural de la nación, que terminaron con su división. Ahora, la búsqueda de la autonomía de la práctica literaria y con ello del buen uso del lenguaje, que opera como atributo distintivo de poder simbólico, era una necesidad que aparentemente dependía de la industria literaria. Sin embargo, hay que advertir que esta industria no tenía una continuidad permanente, es decir, que su existencia era precaria.²⁴

A propósito de lo anterior el viajero E. Rothlisberger opina:

La prensa diaria es un medio formativo de primer orden en todo país nuevo. Por entonces aparecían en Bogotá nada menos que de veinte a treinta publicaciones periódicas, tanto políticas como de contenido científico, pero solo una salía diariamente. Muchos de los periódicos políticos tenían una brevísima existencia, desapareciendo ya al segundo o tercer número. Como los periódicos no po-

21 Ernst Rothlisberger, *El dorado* (Bogotá: Presidencia de la República. Biblioteca de viajeros por Colombia, 1987/1993).

22 “La gorra en el periodismo”, *El mosaico*, No. 20 (10/06/1865).

23 Andrés Gordillo Restrepo, “*El mosaico* (1858-1872): nacionalismo, elites y cultura en la segunda mitad del siglo XIX”. *Revista de Historia Colonial Latinoamericana: Fronteras de la Historia*, Vol. 8 (2003).

24 Dentro de los periódicos con poca duración se pueden citar: *El Duende*, que alcanzó a publicar 78 números; *El charivari bogotano*, de muy corta duración; *La jeringa*, que solo tuvo un mes de vida; *El trovador*, editado entre mayo y agosto de 1850; *Cabrion*, un periódico jocoso que apareció en 1853 en Ocaña; *El loco*, que alcanzó 36 números. En 1858, el 13 de febrero, aparece *Las arracachas*. Luego vienen otros que el editor Nicolás Pontón hizo en su imprenta: *La bruja*, *Los locos* y *El chino*, *El amolador* y *El cachaco*. Y podremos agregar los que publicaron caricatura política como *Los matachines ilustrados*, *Periódico de los muchachos i muchachas*, *El mochuelo*, *El alcanfor*, *El figaro*, *El zancudo*, *Mefistófeles*, *El mago*, entre otros.

dían vivir del mismo modo que los nuestros, o sea a base de noticias del día y telegramas, concentraban su energía en los artículos de fondo, en estudios literarios, traducciones, desahogos líricos y crónicas locales.²⁵

En efecto, los periódicos que más duraron, lo hicieron por espacio de cinco años y fueron *El Neo-Granadino* y *El Tiempo*; aunque los intercambios lingüísticos necesitaran de la industria literaria para lograr la consolidación de estos agentes culturales como literatos de profesión, es decir, que con sus producciones resolvieran sus condiciones de existencia, el panorama que se presentaba seguía consolidando el estilo de vida hidalgo, con un fuerte desapego de lo material.

Un día, en un salón de Nueva York, una dama argentina, que tiene un sitio elevado y merecido en la jerarquía intelectual de nuestro país, recibía una numerosa sociedad sudamericana. Rafael Pombo estaba allí. ¿Qué hacía en los Estados Unidos? Había ido como cónsul, creo; un cambio de política lo dejó sin el empleo, que era su único recurso, y como no quería volver á Colombia, donde imperaban ideas diametralmente opuestas á las suyas, tuvo que ingeniarse para encontrar medios de vivir. ¡Vivir, un poeta, en Nueva York! ¡Me figuro á Carlos Guido en Mánchester! Pombo, como Guido, nunca ha tenido la noción del negocio y tengo para mí, que allá en el fondo de su espíritu, ha de haber una sólida admiración por esos personajes opacos que logran, tras un mostrador, labrarse, con la fortuna, la deseada independencia de la vida. ¿Qué hacer? Hombre de pluma, vivió de su pluma. No creáis que como periodista ó corresponsal. Con más suerte que Pérez Bonalde, el admirable poeta venezolano, el único que ha vertido á Heme dignamente al español y que hoy fabrica con

toda tranquilidad en Nueva York los avisos de la casa Lanmann y Kemp en siete idiomas, Pombo se puso al habla con los editores Appleton & Co., que entonces publicaban esos cuadernos ilustrados, con cuentos morales, que todos hemos visto en manos de los niños de la América entera.²⁶

Empero, Pombo se negó a varias editoriales para la publicación de sus poesías a las que les daba un valor inmaterial.

Rafael Pombo, á pesar de las reiteradas instancias de sus amigos y de ventajosas propuestas de editores, nunca ha querido publicar sus versos coleccionados. Tiene horror por la masa y cree que pocos son los poetas que resisten á un análisis del conjunto de sus obras. Opino como él; aunque lleve la firma fulgurante de Víctor Hugo, un grueso volumen de poesías aterra.²⁷

En este sentido aparece otro poeta bogotano que únicamente publicó dos poemas, pero que alcanzó fama de poeta lírico tiempo después. Se trata de Diego Fallón que escribió un canto a las rocas de Suesca y otro a la Luna. Sin embargo, esta valoración del producto cultural tendría una incidencia importante en el alejamiento del literato con el político y el hombre de negocios. Con esto el poeta demostraba que no era necesario publicar volúmenes enteros para lograr la consagración.

La prosa vulgar se traga, como el pan común; pero una *crème fouettée* insípida..., no. Detesto el mal verso y me es una fatiga enorme la lectura de esos volúmenes, rimados que no dejan preocupación ni agitación; prefiero las dos composiciones de Fallón á la mayor

25 Ernst Rothlisberger, *El dorado* (Bogotá: Presidencia de la República. Biblioteca de viajeros por Colombia, 1987/1993).

26 Miguel Cané, *Notas de viaje sobre Venezuela y Colombia* (Bogotá: Presidencia de la República, Biblioteca de viajeros por Colombia, 1907/1992).

27 Miguel Cané, *Notas de viaje*.

parte de los gruesos tomos de versos que han hecho gemir las prensas de la América española y de la España misma.²⁸

Sin duda, para estos hombres de letras consagrados, su ocupación referente a la práctica lingüística, no tenía mucha relación con la acumulación de capitales económicos que resolvieran su modo de vida. Lo anterior lo vemos presente con la formación de algunos eruditos que, gracias a su capital cultural ocuparían grandes posiciones, luego del régimen radical.²⁹ En el caso de Cuervo el viajero A. Hettner manifestó:

Cuervo, autor de un diccionario enciclopédico del idioma español elogiado también por las revistas literarias alemanas, era cervecero de profesión y, como tal, hasta obligado al principio a tapar a mano él mismo las botellas que contenían su producto. Tan solo en sus horas libres pudo dedicarse a la obra de su afición, con la consecuencia de demorar la conclusión de ella hasta cuando la renta de su fortuna reunida como empresario le permitía vivir económicamente libre en Europa.³⁰

Las rentas y las herencias generalmente resolvían las condiciones de existencia de estos personajes para su dedicación a las letras y de este modo a la consolidación de la lengua legítima. En efecto, la producción y oficialización de un discurso genuino, con respecto a otros capitales puestos en juego era una tarea que se debía

emprender a pesar de circunstancias adversas de escritura.³¹

En este sentido era de real importancia la conexión del ascendiente español y sus formas de habla con la capital, que debía seguir el paradigma civilizatorio y distinguir lo culto de lo vulgar.

5. La erudición como forma de legitimación: creación de la Academia Colombiana de la Lengua

Para perdurar, este tipo de apego a las formas correctas del lenguaje necesitaba asociarse a la fuerza que imprimían instituciones como las academias, con el fin de establecer pautas de socialización contundentes, dirigidas especialmente a la legitimación de la lengua como objeto sagrado de la cultura y de un pasado español que postulaba a la nación como región culta del mundo al ser herederos de los años gloriosos de las letras españolas.

Así, demostrar la competencia lingüística era un filtro para ser admitido. Además de las capacidades reconocidas socialmente, se debía mantener el buen gusto en la escritura, mediante la gala y el respeto a lo invariante, conseguir la pureza del lenguaje y mantener las formas apegadas a lo clásico, mostrando y demostrando la pertenencia a un pasado español.

28 Miguel Cané, *Notas de viaje*.

29 Deas pone el ejemplo de la carencia de dinero de personajes como Rufino José Cuervo, Miguel Antonio Caro y José Manuel Marroquín, que ejercerían el poder a partir de 1885. “Aunque ellos iban a ejercer el poder y a establecer una hegemonía a partir de 1885, no se trataba de hombres ricos. Algunos de ellos habían conocido la pobreza en carne y hueso”.

30 Alfred Hettner, *Viaje por los Andes colombianos (1882 - 1884)* (Bogotá: Talleres Gráficos del Banco de la República), 1976.

31 El argentino Miguel Cané plasmaría tiempo después la condición del escritor colombiano, aludiendo a las dificultades que se le presentaban para desarrollarse como escritor: “Siempre he mirado con un supremo respeto al distinguidísimo escritor colombiano que tiene, como Prometeo, la cadena que lo aferra y el buitre que lo devora, sin que su espíritu decaiga un instante. En su soledad vive la vida intelectual del mundo entero y con el cuerpo marchitado para siempre, conserva la frescura de la inteligencia. ¡Bendecidas sean las letras que así suavizan los dolores de la existencia!”. [Cané: 1901]

Poetas y novelistas mantienen invariablemente ese buen gusto, ese cuidado formal, esa temperancia y ese respeto a lo clásico [...] Los poetas colombianos se mantuvieron sometidos a los mandamientos del gusto: en sus obras la forma es siempre correcta y pulida.³²

Como hemos visto anteriormente, la erudición se erigía como el saber ecuménico del que debía disponer todo agente con proyección de ser legitimado y autorizado para ejecutar las formas públicas del lenguaje. Un ejemplo de esto lo encontramos en Miguel Antonio Caro que se dedicó a la política, al periodismo, a la oratoria, a la gramática, a la poesía, a la historia y a la legislación, entre otras actividades. Sobra decir que no fue el único erudito que se perfilaba en el país para la tarea de la constante formalización del lenguaje bogotano. Para finales de 1870 se conformó un grupo con un interés expresivo similar, que convergía en la custodia del idioma. La pertenencia a esta colectividad tan selecta se empieza a consolidar con el viaje de Vergara y Vergara a España para hablar con el director de la Academia de Madrid, Don Mariano Roca de Togores, luego de producirse el acuerdo del 24 de noviembre de 1870, en el que se autorizaba la creación de academias correspondientes en los países hispanoamericanos.

Una vez establecida la academia era necesario pensar en el tipo de personalidades que iban a conformarla. En este mismo periodo de comienzos de la década de los setenta se creó la Academia de la Lengua y la composición de esta asamblea mostraba un cambio notable en las tendencias asociativas de las elites con respecto a los primeros años de la década anterior. Basta decir que apenas dos de los doce prime-

ros miembros de la Academia se identificaban con el Partido Liberal. Uno de ellos, Santiago Pérez, entró en disputa con Miguel Antonio Caro, hasta el punto de presentarle su indignada renuncia por razones de un diferendo político y es sabido que el fin de la primera época de la Academia coincidirá con la antipatía que se había larvado entre Marroquín y el mismo Caro durante la Regeneración.³³

Por supuesto que el tipo de capital que estaba en juego en ese momento era el dominio de las letras, que se proyectaba en el buen manejo del idioma. Para Deas por ejemplo, la gramática, el conocimiento de las letras y de los ministerios de la lengua era un componente que se estaba gestando antes de la consolidación de la Hegemonía Conservadora que duró desde 1885 hasta 1930 “[...] para los letrados, para los burócratas, el idioma correcto es parte significativa del gobierno.”³⁴

Ciertamente, estos agentes de la producción lingüística estaban facultados para dar la carga simbólica e histórica que necesitaba el idioma al momento de su práctica, amparados en esta institución garante del orden lingüístico.³⁵

En efecto, desde finales del siglo XIX –momento de la historia de Bogotá en el que la mayoría de los nacimientos correspondía a los llama-

32 Eduardo Camacho Guizado, “La literatura colombiana entre 1820 y 1900”, en *Nueva Historia de Colombia* (Bogotá: Editorial Planeta, 1989), p. 329.

33 Andrés Gordillo Restrepo, “El mosaico (1858-1872): nacionalismo, elites y cultura en la segunda mitad del siglo XIX”, *Revista de Historia Colonial Latinoamericana: Fronteras de la Historia*, Vol. 8 (2003).

34 Malcom Deas, *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia política y literatura colombiana; Miguel Antonio Caro y sus amigos: gramática y poder en Colombia* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1993), p. 43.

35 Durante años sus actividades fueron intermitentes sin dejar de ser controvertidas políticamente. Como no tenía dónde reunirse, en 1875 la Academia pidió permiso al Congreso para utilizar el antiguo convento de Santo Domingo. La solicitud fue rechazada. Los congresistas se opusieron acusando a los miembros de la academia de ser los soldados póstumos de Felipe II (Malcolm Deas, *Del poder y la gramática*), p. 32.

dos hijos ilegítimos— el buen hablar se asumió como condición para quienes aspiraban a ser considerados gente instruida y bien nacida [...] de esta manera se consolidó una realidad propia mediante la integración de un contexto cultural que instrumentalizó la cultura como medio para dirigir el rumbo de la sociedad hacia lo que la elite consideraba como civilización, y dejar atrás lo que entendía por barbarie; hablar y vestirse mal y tener un comportamiento ajeno a las reglas de urbanidad.³⁶

En síntesis, el papel de la academia en la instauración de estrategias destinadas a la movilización del sentido lingüístico fidedigno fue fundamental en razón a que representaba, así fuera intermitente su actividad cultural, la posición legítima y legitimadora del uso de la lengua conducente a la socialización de los ciudadanos. Este manejo del idioma estaba representado en gran medida por diversas posiciones que haciendo parte de la producción lingüística luchaban por imponer la forma adecuada de hablar por medio de su producción para posicionarse como agentes autorizados que designarían lo auténtico como posibilidad universal. Sin embargo, las perspectivas legítimas respondieron con la censura de las manifestaciones profanas que se oponían a una visión del mundo sometida al efecto de la naturalización que en este caso mostraba al uso del lenguaje como propiedad exclusiva de un grupo socialmente designado. En este sentido, se hizo necesario recurrir a la configuración del encuentro de posiciones literarias que perseguían el buen trato del idioma, para evidenciarlas mediante su producción lingüística, sus confrontaciones y sus intereses expresivos.

³⁶ Fabio Zambrano, “La transición al siglo XX: la prensa durante la hegemonía conservadora”, en *Medios y nación, historia de los medios de comunicación en Colombia* (Bogotá, Colombia: Ministerio de Cultura, 2003), p. 119.

6. La producción literaria y el encuentro de las posiciones dominantes

La producción del lenguaje común, que es incorporado por agentes en igualdad de posición social y sobre todo, que comparten unas experiencias socialmente caracterizadas, traducidas en formas de vida, genera a su vez unas posiciones en el campo literario, que solo pueden mantenerse a cuenta de negar la unificación de los contrarios o lo que es lo mismo negar las divisiones que el mismo campo produce. Justamente, aunque aparezcan divisiones en el campo, este impondrá estrategias de conservación y puntos de vista que definen sus propios límites. En este sentido es indispensable revisar la producción cultural de la segunda mitad del siglo XIX, véase la tabla 1, para identificar junto con las condiciones del espacio social, los diferentes puntos de vista que luchan por forzar un principio de visión y de división del mundo social.

Tabla 1. Producción cultural de la segunda mitad del siglo XIX

Tema	Periodo 1850-1865	Periodo 1866-1886
Alegatos jurídicos	8	18
Teatro	9	17
Educación	3	6
Ensayos	57	38
Gramática	4	12
Novelas	25	53
Periódico literario	0	8
Poesía	42	117
Otros	5	13

Fuente: Fabián Llano, *Del hablar y del obedecer, construcción de la identidad ciudadana desde el uso de la lengua*. Bogotá, 2009.

Esta producción (que obedece a las publicaciones efectuadas desde 1850 hasta 1886) muestra cómo el ensayo, la producción jurídica, la novela y, por supuesto, la poesía son los géneros que más inciden en el espacio social. En efecto, la elite bogotana privilegia el ensayo y la poesía como géneros ideales; los gustos literarios se orientan al desarrollo de un estilo que conecte al agente en sus prácticas lingüísticas con la herencia española, que por tradición ha sido eminentemente poética, heroica y creyente. Vale destacar que el contexto religioso incidió fundamentalmente en las producciones literarias de los conservadores, especialmente en Miguel Antonio Caro con sus traducciones de Virgilio. A propósito de lo anterior, Caro menciona a Marcelino Menéndez Pelayo en carta fechada el 18 de septiembre lo siguiente: “Nada hay más santo que la teología, y sin embargo, capítulos hay de teología moral que solo se escriben en latín. No soy rigorista, sino con quienes hacen profesión de serlo”. De lo anterior se puede inferir, gracias al contexto religioso, que el lenguaje y la religión poseían un carácter sagrado para este autor, tal como lo podemos observar en las diversas traducciones de la *IV Égloga*, incluida la de Caro.

El sexto verso de la *Égloga* dice:

*Iam redit et virgo, redeunt Saturnia regna,
Iam nova progenies caelo demittitur alto.*

Traducido de la siguiente manera:
Diego López (1641)
*Y ya viene la doncella,
bueluen los reinos de Saturno.*

Fray Luís de León
Ya la doncella virgen ya es llegada,
Y torna el reino de Saturno y Rhea.

Gregorio Hernández Velasco (1864)
*Ya el siglo renovado enteramente
Produce nueva gente; y la doncella
Ya vuelve cual sol bella.*

Miguel Antonio Caro
*Nuevo día a las gentes amanece,
En pos trayendo con la virgen pura,
Auras edades de inmortal ventura.*³⁷

A propósito del claro motivo religioso cristiano en este verso de su traducción señala Caro:³⁸

Cualquiera que sea la hipótesis que más nos satisfaga, la verdad es que en esta *Égloga* hay vaticinios y esperanzas que la antigüedad pagana no podía realizar sino como sueños de un poeta, y que los cristianos hemos visto realizarse, hallándolos no solo bellos sino ciertos, y perfectamente acordes con las santas profecías y con su cumplimiento.³⁹

Efectivamente para Caro la relación entre poesía y religión era inseparable en virtud de que todo ideal es religioso y el elemento esencial del arte es la idealidad, que no es otra cosa más que la inspiración divina del artista. Voltaire no conoció, según Caro, el sentido hondo y verdadero del arte sino solo su aspecto académico y de salón. Una sola vez tuvo la inspiración cristiana y patriótica, en Zaire, y ahí excepcionalmente

37 Las traducciones y el análisis del contexto religioso que influyen en la misma traducción son realizadas por Sergio Bolaños Cuéllar. “Hacia un modelo traductológico dinámico”, *Revista forma y función*, núm. 14 (2001), pp. 57-58.

38 “La traducción de poesía en Colombia ha sido fundamentalmente hecha por poetas, con el carácter de un interés individual, cosa que remite a la anécdota y gravitación de tal o cual poema traducido. Esto quiere decir que el traductor ha tenido desde un comienzo conciencia acerca de cómo traducir un determinado poema, para adaptarlo a sus personales recursos estilísticos. Es el contacto entre sensibilidades y mundos afines, así como la respuesta al carácter de una época y lugar que entra en diálogo con otros, distantes en el tiempo o el espacio.” [García: 1999: 14-15]

39 Sergio Bolaños Cuéllar. “Hacia un modelo traductológico dinámico”, *Revista Forma y Función*, núm. 14 (2001), p. 58.

logró bellezas de alta ley, como si Dios se hubiese complacido en hacerlo poeta una única vez, cuando buscó la fuente cristiana de la poesía.⁴⁰

De este modo, se entronizaba a la poesía, como género cercano a la divinidad y por tanto digno de acercarse a ella. Sin embargo, únicamente el agente con disposición para la apropiación de lo invariante en poesía (métrica) era capaz de aproximarse a su lenguaje polisémico. Generalmente este personaje correspondía con la elite minoritaria, que estaba de acuerdo con mantener el statu quo de la sociedad.

Por otra parte, aunque en la primera mitad del siglo XIX (véase la figura 1) se intentó realizar aproximaciones a la poesía y rescatar el pasado español, la producción literaria tendió a la publicación de ensayos políticos que demuestran la relación de estos personajes letrados con la política.⁴¹ Los escritores de este tiempo eran terratenientes jóvenes y aristócratas urbanos que se veían contrariados por la influencia política, económica y cultural de países abanderados en el escenario mundial.

Figura 1. Tipos de publicaciones durante el periodo comprendido entre 1850 y 1865



Fuente: Fabián Llano, *Del hablar y del obedecer, construcción de la identidad ciudadana desde el uso de la lengua*. Bogotá, 2009.

Durante este periodo se destacó la producción de ensayos porque los objetivos de la elite bogotana, ya diferenciada en cuanto al manejo de capitales (económicos o culturales) estaban precisamente orientados a consolidar las empresas ideológicas que los intelectuales proyectaron en la utopía liberal y la arcadia heleno-católica como las denominó Raymond L. Williams (vea la figura 2). En este sentido, la oligarquía colombiana no producía novelas. Se creía que las novelas y el género novelístico no contribuían significativamente a la empresa ideológica, a la política de la clase alta o a la elite intelectual. El ensayo político, por el contrario, tenía un impacto mucho más pronunciado.⁴²

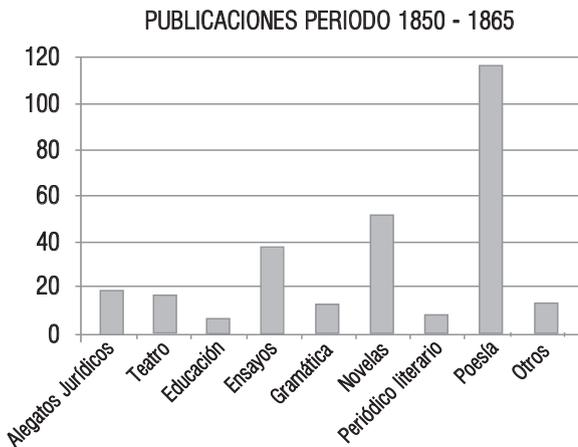
Paradójicamente decreció la producción de ensayos, los agentes sociales que presenciaron los nuevos sentidos que intentaban imponer las revoluciones liberales de medio siglo, volcaron la mirada del arte hacia su función social.

40 David Jiménez, *Historia de la crítica literaria en Colombia* (Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia, 1992), p. 60.

41 No suma treinta nombres la lista de los grandes ensayistas colombianos en el siglo XIX. José Eusebio Caro, José María Torres Caicedo, Ulpiano González, Joaquín Posada Gutiérrez, José María Vergara y Vergara, José Antonio de Plaza, José María Quijano Otero, Manuel Ancizar, Felipe Pérez, Salvador Camacho Roldán, Manuel Uribe Ángel, Manuel María Madieto, Miguel y José María Samper, Soledad Acosta de Samper, Ezequiel Uricochea, Rufino José Cuervo, Florentino Vezga, Cerbeleón Pinzón, Miguel Antonio Caro, Rafael Núñez, Carlos Cuervo Márquez, Isidoro Laverde Amaya, Federico Cornelio Aguilar, Ángel Cuervo, César C. Guzmán, José Manuel Groot, Medardo Rivas, Eugenio Ortega, Vicente Restrepo, entre no muchos otros intelectuales que legaron un importante trabajo cualitativo de ensayos sobre diversas materias. [Santos: 2007:3]

42 Raymond Williams, *Novela y poder en Colombia* (Bogotá, Colombia: Tercer Mundo Editores, Colombia, 1991), p. 44.

Figura 2. Tipos de publicaciones durante el periodo comprendido entre 1850 y 1865



Fuente: Fabián Llano, *Del hablar y del obedecer, construcción de la identidad ciudadana desde el uso de la lengua*, Bogotá, 2009.

Esta postura encabezada por José María Samper irrumpe en los terrenos de la poesía y emite un juicio sobre su razón de ser, específicamente ataca las visiones de Caro sobre la poesía.

La poesía es ahora intuición del destino sobrenatural del alma, más bien que investigación racional o experimentación por los sentidos [...] como falta el contrapeso de los intereses económicos, la actividad intelectual está volcada hacia las lucubraciones idealistas, ya sea en la política, las artes o la relación entre los sexos. [...] todo esto ha hecho de los colombianos un pueblo de poetas, pueblo esencialmente literario, condenado, no sin honor, a un aislamiento internacional, cuyas compensaciones residen en la nobleza del alma.

Ahora bien, para esta postura, la novela sí adquirió una función social, porque era la representación de la realidad y, por tanto, dejaba enseñanzas y se convertía en objeto de educación y moralización. Como múltiple espejo de la verdad, el género novelístico está llamado a

convertirse en un instrumento indispensable de conocimiento del hombre y del medio geográfico, de la sociedad y de la historia.⁴³

Esta novela naturalista, interesada en el comportamiento social de las personas, dejaría de tener relevancia a finales de siglo por la influencia de Francia en la modernización del género. En el primer lustro de los años ochenta del siglo XIX surge en Francia un tipo de novela que, debido al prestigio cultural que gozaba ese país en aquel tiempo, muy pronto se difunde por Europa y América Latina. Se trata de una clase de novela que, en una complicada relación con las características más avanzadas de la sociedad burguesa de la época, proclamaba su absoluta modernidad y se define en lo que corresponde a sus rasgos de contenido y de expresión, en franca oposición con la todavía poderosa novela naturalista.⁴⁴

En Bogotá, este fenómeno se presentó en la figura de José Asunción Silva, con su novela *De sobremesa*, que para algunos críticos fue el primer ejemplo cabal hispanoamericano de este tipo de *novela nueva*. Según la expresión de un ensayo señero de Rodó, esta oposición en cuanto a los rasgos de novedad de las demás artes se vio caracterizada así:

En vez de las prostitutas y de las cocineras, de los ganapanes y de los empleadillos que ganan cien pesetas al mes, deléitanse los novelistas en pintarnos grandes damas que se mueven en suavísimos ambientes, magas que realizan los prodigios de los antiguos teúrgos y sabios que poseen los secretos supremos. Tórnase la música de sensual modulación que acariciaba los oídos y sugería voluptuo-

43 David Jiménez, *Historia de la crítica literaria en Colombia* (Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia, 1992), pp. 25-31.

44 Klaus Meyer-Minnemann, *Silva y la novela al final del siglo XIX* (Hamburg Universität, 1996).

sas tentaciones, en misteriosa voz que habla al cerebro; pasan místicas sombras por entre el crepúsculo que envuelve las estrofas y toman forma en los lienzos, las visiones del más allá. Los exploradores que vuelven de la Canaán ideal del arte, trayendo en las manos frutas que tienen sabores desconocidos y deslumbrados por los horizontes que entrevieron, se llaman Wagner, Verlaine, Puvis de Chavannes, Gustave Moreau. En manos de los maestros la novela y la crítica son medios de presentar al público los aterradores problemas de la responsabilidad humana y de discriminar psicológicas complicaciones; ya el lector no pide al libro que lo divierta sino que lo haga pensar y ver el misterio oculto en cada partícula del Gran Todo.⁴⁵

En la novela de Silva podemos ver claramente las paradojas a las que se ve sometido uno de los personajes (José Fernández de Sotomayor), quien hereda la cultura aristocrática y una gran fortuna y debe desligarse de ella a causa del exceso de placeres al que se había acostumbrado. En el inicio de la novela su amigo Óscar Sáenz, tratando de explicarse por qué José había abandonado la poesía, responsabiliza de ello al exceso de placeres al que se habituó su amigo:

[...] ¿quieres saber qué es lo que no te deja escribir? el lujo enervante, el confort refinado de esta casa con sus enormes jardines llenos de flores y poblados de estatuas, su parque centenario, su invernáculo donde crecen, como en la atmósfera envenenada de los bosques nativos, las más singulares especies de la flora tropical. ¿Sabes qué es? no son tanto las tapicerías que se destiñen en el vestíbulo, ni los salones suntuosos, ni los bronceos, los mármoles y los cuadros de galería [...] ni mucho menos tu biblioteca [...] no, es lo

otro. Lo que estimula el cuerpo [...] el salón de hidroterapia, la alcoba y el tocador dignos de una cortesana [...] el té despachado directamente de Cantón, el café escogido grano por grano que te manda Rovira; el tabaco de oriente y los cigarrillos de vuelta abajo, el Kummel ruso y el Krishabaar sueco, todos los detalles de la vida elegante que llevas, y todas esas gollerías que han reemplazado en ti al poeta por un gozador que a fuerza de gozar corre el agotamiento.⁴⁶

En síntesis, este tipo de novela nueva representaba la autonomía del escritor desligado de la política, lo que evidentemente constituía una nueva configuración de la personalidad literaria capaz de criticar los sentidos legítimos de un campo literario establecido.

En manos de los maestros, la novela y la crítica son medios de presentar al público los aterradores problemas de la responsabilidad humana y de discriminar psicológicamente sus complicaciones: ya el lector no pide al libro que lo divierta sino que lo haga pensar y ver el misterio oculto en cada partícula del Gran Todo.⁴⁷

En este sentido, en la novela encontramos la renuncia de Fernández de Sotomayor a la legitimidad y el encumbramiento moral que la poesía proporcionaba a los agentes pertenecientes al campo literario; en un diálogo entre Sáenz y Fernández Sotomayor el primero le decía:

[...] ya habías leído diez páginas de una monografía sobre la raza azteca, y mientras ensillaban el más fogoso de los caballos, te entretenías en estudiar el plano de una batalla. ¡Dios mío, si hay un hombre capaz de coordinar todo eso, ese hombre, aplicado a

45 Klaus Meyer Minnemann. *Silva y la novela al final del siglo XIX*. Recuperado de http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/silva-y-la-novela-al-final-del-siglo-xix/html/58ca6db4-7a44-11e1-b1fb-00163ebf5e63_3.html.

46 José Asunción Silva. *De sobremesa*. Recuperado de http://www.medellindigital.gov.co/Mediateca/repositorioredrecursos/Silva,JoséAsunción/Silva_JoséAsunción-DeSobremesa.pdf,16.

47 Silva, *De sobremesa*, p. 13.

una sola cosa, será una enormidad! Pero no, eso está fuera de lo humano... Te dispersarás inútilmente. No solo te dispersarás, sino que esos diez caminos que quieres seguir al tiempo, se te juntarán, si los sigues, en uno solo. ¿Qué lleva al Asilo de Locos?, preguntó Fernández, sonriéndose con una sonrisa de desdén... No lo creas... Yo creí eso en un tiempo. Hoy no lo creo. –Bien, suponte que no sea así, continuó Sáenz imperturbable. Da por sentado que tu organización de hierro resista las pruebas a que la sometes, y dime, ¿tú si crees de buena fe que aunque vivas cien años alcanzarás a satisfacer los millones de curiosidades que levantas dentro de ti a cada instante, para lanzarlas por el mundo como una jauría de perros hambrientos, a caza de impresiones nuevas? ¿Y para seguir en esas locuras echas a un lado lo mejor de ti mismo, tu vocación íntima, tu alma de poeta? ¿Cuántos versos has escrito en este año?–. –Versos... ni uno solo... pensé escribir un poema que tal vez habría sido superior a los otros, no lo comencé, probablemente no lo comenzaré nunca... no volveré a escribir un solo verso... Yo no soy poeta–. Una exclamación de los dos amigos le impidió continuar la frase... –No, no soy poeta, dijo con aire de convicción profunda... Eso es ridículo. ¡Poeta yo! Llamarme a mí con el mismo nombre con que los hombres han llamado a Esquilo, a Homero, al Dante, a Shakespeare, a Shelley... Qué profanación y qué error. Lo que me hizo escribir mis versos fue que la lectura de los grandes poetas me produjo emociones tan profundas como son todas las mías; que esas emociones subsistieron por largo tiempo en mi espíritu y se impregnaron de mi sensibilidad y se convirtieron en estrofas. Uno no hace versos, los versos se hacen dentro de uno y salen–.⁴⁸

Finalmente, desde la imposición de su estilo de vida que se desplegaba a la búsqueda de algo que

le diera sentido a su existencia, José Fernández Sotomayor ensayaba todas las posibilidades de la sociedad mundana que lo llevaban a la experimentación de todas las posibilidades que brinda dicha sociedad y al final solo encuentra su satisfacción en el recuerdo del amor de su amante preferida, Helena,⁴⁹ pero es tal vez en la crítica a la crisis del siglo XIX, que Silva pudo contrarrestar la existencia formal de sus opositores que ocupaban una posición legítima. Con impresionante lucidez Silva se refirió a la crisis de la modernidad en varios poemas: *La respuesta de la tierra*, *El mal del siglo* y *Cápsulas*, que termina así:

Luego, desencantado de la (vida)
Filósofo sutil,
A Leopardo leyó, y a Schopenhauer,
Y en un rato de Spleen,
Se curó para siempre con las (cápsulas)
De plomo de un fusil.⁵⁰

Bibliografía

- Acosta Peñaloza, Elisa. “Lectores pensados a mediados del siglo XIX”. *Revista Credencial Historia*, número 213 (septiembre de 2007).
- Bolaños Cuéllar, Sergio. “Hacia un modelo traductológico dinámico”. *Revista forma y función*, número 14 (noviembre de 2001).
- Bourdieu, Pierre. *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Ediciones Akal, 2001.

⁴⁹ Jaime Jaramillo Uribe, *Historia, sociedad y cultura* (Bogotá: Universidad de los Andes, 2000), p. 128.

⁵⁰ En qué medida lo que podría interpretarse como una cuestión de información literaria y erudita se transformó también en un drama personal que influyó en la decisión final del suicidio, el secreto que Silva se llevó consigo el 24 de mayo de 1896. Jaime Jaramillo Uribe, *Historia, sociedad y cultura* (Bogotá: Universidad de los Andes 2002), p. 129.

⁴⁸ Silva, *De sobremesa*, p. 12.

- Camacho Guizado, Eduardo. "La literatura colombiana entre 1820 y 1900". *Nueva historia de Colombia*. Bogotá: Planeta, 1989.
- Cané, Miguel. *Notas de viaje sobre Venezuela y Colombia*. Biblioteca de viajeros por Colombia. Bogotá: Presidencia de la República, 1907/1992.
- Cataño, Gonzalo. "Los radicales y la educación". *Revista Credencial Historia*, número 66 (junio de 1995).
- Chavarro, César y Llano, Fabián. "El espacio social en Bogotá (1880-1950)". *Memorias prácticas e imposiciones culturales: patrimonio histórico en Bogotá 1880-1950*. Tesis de pregrado. Licenciatura en educación básica con énfasis en ciencias sociales. Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2005.
- Cuervo, Rufino José. "Castellano popular y literario". *Obras*, Tomo I. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1954.
- Deas, Malcolm. *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia política y literatura colombiana; Miguel Antonio caro y sus amigos: gramática y poder en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1993.
- García Maffla, Jaime y Sierra Mejía, Rubén. "La traducción de poesía en Colombia". *Traductores de poesía en Colombia*. Bogotá: Casa de Poesía Silva, 1999.
- García Núñez, Luis Fernando. "El alacrán en el periodismo satírico del siglo XIX". *Revista Credencial Historia*, número 215 (noviembre de 2007).
- Gordillo Restrepo, Andrés. "El mosaico (1858-1872): nacionalismo, elites y cultura en la segunda mitad del siglo XIX". *Revista de historia colonial latinoamericana: fronteras de la historia*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, vol. 8, 2003.
- Hettner, Alfred. *Viaje por los andes colombianos (1882 - 1884)*. Edición original: Bogotá: Talleres Gráficos del Banco de la República, 1976.
- Jaramillo Uribe, Jaime. *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá: Planeta, 1996.
- . *Historia, sociedad y cultura*. Bogotá: Universidad de Los Andes, 2000.
- Jiménez, David. *Historia de la crítica literaria en Colombia*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia, 1992.
- Laverde Amaya, Isidoro. *Ojeada histórico-crítica sobre los orígenes de la literatura colombiana*. Edición original. Bogotá: Talleres Gráficos del Banco de la República. 1963.
- Meyer-Minnemann, Klaus. *Silva y la novela al final del siglo XIX*. Hamburg Universität, 1996.
- Rivadeneira, Antonio José. *El poder del saber y los arquetipos de la universidad colombiana*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2002.
- Rivas Sacconi, José Manuel. *El latín en Colombia, bosquejo histórico del humanismo colombiano*. Instituto Caro y Cuervo, Santafé de Bogotá, 1993.
- Romero, Mario Germán. *Epistolario de Rufino José Cuervo con Miguel Antonio Caro*. Bogotá: Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1978.
- Rothlisberger, Ernst. *El dorado*. Biblioteca de viajeros por Colombia. Bogotá: Presidencia de la República. 1987/1993.
- Silva, José Asunción. *De sobremesa*. Recuperado de <http://www.medellindigital.gov.co/Mediate-ca/repositorio%20de%20>

recursos/Silva,%20Jos%C3%A9%20Asunci%C3%B3n/Silva_Jos%C3%A9%20Asunci%C3%B3n-De%20Sobremesa.pdf):16

Williams, Raymond. *Novela y poder en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991.

Zambrano, Fabio. “La transición al siglo XX: la prensa durante la hegemonía conservadora”. *Medios y nación, historia de los medios de comunicación en Colombia*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2003.